

NECESIDAD DE LA UNION DEMOCRATICA

por el Ingeniero Aníbal Montes

La Voz del Interior, 21 de Agosto de 1945

NECESIDAD DE LA UNION DEMOCRATICA

Por el Teniente Coronel (R. A.) Anibal Montes

La Voz del Int.
21 de agosto 1945

Aunque parezca una verdad elemental aquello de que: "todo pueblo resulta naturalmente y en forma espontánea, unido, para defender sus derechos primordiales", no parece sin embargo constituir una verdad completa.

En el momento político actual de los argentinos, el caso de excepción está planteado. Y no podría ser de otra manera, después de varios lustros de potentes y bien organizadas tentativas para desorientar la opinión política de nuestro pueblo.

Estamos todavía en los días de festejos por el triunfo de la Democracia sobre las sombrías fuerzas totalitarias.

Aun perduran en nuestro país, organizadas y ofensivas, las agrupaciones nazi-fascistas creadas en la seguridad de la Victoria del Eje. Y no se disolverán por propia voluntad.

Mucho trabajo nos va a costar a los democráticos argentinos, alcanzar en nuestro país el verdadero imperio de la legalidad constitucional. Verdadero en toda la acepción del término.

La Unidad Democrática será necesaria para conseguirlo. Y es urgente aclarar el significado y alcance de tal unidad, pues ya especulan con equívocos, agrupaciones que pretenden beneficiarse con el confusiónismo.

No se trata de unidad electoral, ni de probables fórmulas electorales mixtas. Una vez conseguida la "seguridad de que habrá comicios limpios, vigilancia honesta de las urnas y escrutinio sin fraude, cada partido político haría su campaña electoral por su cuenta y con su propia lista de candidatos.

Si la voluntad nacional se mostrase unánime y enérgica para obtener garantía absoluta en estas premisas, es casi seguro que en corto lapso, la promesa presidencial cristalizaría en aquella "seguridad". Por eso es y resulta indispensable la unidad democrática en el país.

La tan manoseada "intransigencia" de algún caudillo radical, que mantiene la esperanza de un apoyo providencial, es un arma innoble que hace peligrar el verdadero concepto de Democracia y en realidad no busca otra cosa que valerse de una posible maniobra confusionista, cuya finalidad no sería otra que dar el visto bueno a todo lo que hizo y preparó el nazifascismo criollo, utilizando aquella gráfica expresión de "pasar la esponja y empezar de nuevo".

Desde ya denuncio esta maniobra. Para que se vea que tal procedimiento político no es nuevo, ni trae solución alguna para dar seguridad efectiva de normalización institucional, me bastará recordar el resultado de la intransigencia radical de estos últimos 15 años.

Hoy domingo 19 de agosto se ha realizado en esta ciudad de Córdoba, la anunciada asamblea de la U. C. R. para cambiar ideas sobre el momento político actual del país. He concurrido a dicha asamblea después de haber estado una semana en Buenos Aires, viviendo en plena avenida de Mayo, los mayores sacudones de la civilidad argentina de estos últimos años.

He visto caer allí a jóvenes estudiantes, que han sido heridos mientras vivaban la democracia. He visto a estudiantes, obreros y al pueblo entero incluso sus mujeres, poseídos del más elevado espíritu cívico. Y he visto también como las fuerzas de la "anti-civilidad", atacaban al pueblo y a los edificios de la prensa democrática.

Y aquí en Córdoba me ha resultado verdaderamente decepcionan-

te, ver como un grupo de la U.C.R. regimentado bajo la consigna de la "Intransigencia", combate la Unidad Democrática sin presentar ninguna otra solución, como no sea esta estéril fórmula de impedir la lucha a fondo contra la dictadura.

¿Cuál es la razón por la cual, si supone a la U.C.R. capaz de bastarse a sí misma, ninguno de los oradores de la "Intransigencia" propuso poner al partido en actitud de lucha?

Todo se ha reducido a hablar de principios irreductibles.

El momento es grave para la civilidad argentina y es la culminación de 15 años de vivir fuera de la Constitución Nacional.

Si la U.C.R. es el partido mayoritario, como efectivamente lo es, debiera ser también fuerte por su moral de lucha y como consecuencia estaría capacitado para hacer respetar la ley fundamental de la Nación.

Pero hemos visto a nuestro partido rebajarse a aceptar la posición de mendicante minoría, con tal que el fraude organizado por el gobierno le dejara algunas posiciones.

¿Dónde estaba entonces la Intransigencia de quienes se llegaban hasta Ascochinga a besar la mano del patrón de la estancia?

Actualmente estamos viviendo mismo episodio histórico. Es la repetición de la misma maniobra entreguista, cuya finalidad es impedir la revisión de la conducta cobarde y traidora de quienes creyeron en 1940 y siguieron creyendo hasta 1944, en el triunfo del nazi fascismo en el mundo.

Para que no se crea que el problema es nuevo y que nuestra actitud es oportunista y motivada por el triunfo de las Naciones Unidas, transcribiré párrafos del escrito que publiqué en LA VOZ DEL INTERIOR de fecha 14 de junio de 1936, bajo el título de "Paz en América y paz en la patria".

"La nación entera, libre de tendencias políticas para el caso, festeja el magno acontecimiento de la interrupción de la lucha armada Paraguay-Bolivia.

¿Qué aberración es esa de que mientras se hace lo humanamente posible en pos de un idealismo sincero de fraternidad americanista, no se pone el mismo celo, al menos por algunas facciones, para conseguirlo lo primordial, que es la paz entre los propios argentinos! Muy bien está y todo el pueblo argentino lo aplaude, que tratemos de apaciguar los espíritus y llamar a la concordia entre nuestros vecinos. Pero mucho más, debiera hacerse por todos los que se creen patriotas para robustecer la concordia y la fraternidad entre los propios compatriotas.

Y es cosa curiosa, aunque tiene su explicación, que salvo grupos que se auto-titulan de "minoría selecta", la inmensa mayoría de este gran pueblo sudamericano ha formado una conciencia clara y firme, sobre la necesidad imperiosa que existe en el país, de pacificar los espíritus, precisamente para evitar males mayores.

La voluntad de la nación, expresada por el noventa por ciento del pueblo como mínimo, ansía la paz interior y está resuelta a imponerla. Pero sobre la base de que se han de respetar la Constitución Nacional y las leyes de país.

Pero claro está que, ello se realiza, el pueblo será el soberano y sus legítimos representantes dirigirán los destinos de la nación.

Y eso no conviene a aquellas facciones minoritarias que quieren impedirlo. Para eso se organizan

y se arman. Además tratan de embarcar a las instituciones armadas en la aventura.

De aquí resulta una terrible aberración para esas facciones minoritarias, que también han adherido entusiastas al día de Paz Sudamericana.

El argumento que esgrimen, tan audaz como infundado es bien simplista: el pueblo argentino no está en condiciones, ni tiene mentalidad suficiente, para dirigir sus propios destinos, así sea por intermedio de lo más selecto, serio y honesto de la intelectualidad argentina.

En Alemania e Italia, el jefe o amo dictatorial, estaba fundamentado en la necesidad primordial de preparar a la nación para la guerra, a cuyo problema consagran esos pueblos todas sus energías, sacrifican todas sus libertades e intereses: excepción hecha de la minoría selecta y directiva, que tiene la máxima libertad para mandar, enriquecerse y hacer su voluntad.

Pero nosotros los argentinos, no tenemos un problema guerrero en perspectivas, sino que, por el contrario: cantamos loas a la paz sudamericana y somos sinceramente pacifistas.

En aquellos países superpoblados, que se ven obligados a la guerra para solventar sus graves dificultades económicas vitales, la unión interna se impone por la fuerza convirtiendo a la nación entera en un vasto cuartel. Nosotros, lo que necesitamos para mantener la unión nacional, es que se respeten las leyes, empezando por respetarse los derechos del pueblo soberano.

Pero no es posible admitir que una minoría (que se llama a sí misma "selecta", pero que está muy lejos de serlo), nos pretenda imponer su ley y su voluntad, bajo el pretexto de que los demás somos incapaces, brutos o extremistas.

En la evolución gradual de los acontecimientos políticos argentinos, hemos poco a poco llegado a una enervada. Y de las más peligrosas.

Vivimos en la intranquilidad en la constante alarma y hasta en la zozobra.

La inmensa mayoría de nuestro pueblo se pregunta acongojada ¿a dónde vamos? ¿Qué sucederá mañana?

Y sin embargo, nada sucede que no se haya previsto y analizado anteriormente.

A donde va la Nación Argentina, ya lo sabemos! Nada, ni nada. Ni ametralladoras, ni gases. Ni dictaduras, ni tiranos: podrán torcer el curso de la evolución histórica de esta joven, potente y gran Nación.

La Revolución de Mayo fué su impulso inicial y constituye la energía propulsora que la mantiene y mantendrá en su órbita, sin que haya demoleedor capaz de apartarla un ápice del ritmo y trayectoria de su destino.

Exactamente, como en las grandiosas leyes del Universo.

Esta es la voluntad de la Nación Argentina, que la llevamos en el fondo de la conciencia, todos los que en este suelo hemos nacido.

Algo más de dos años (25 de mayo 1934), hace que publiqué en LA VOZ DEL INTERIOR, un artículo, bajo el título "El Pueblo quiere saber de lo que se trata", en que analizaba según mi modesto criterio, la situación política del país.

Mucha agua ha corrido desde entonces, bajo los puentes de la docta Córdoba.

En aquella época se quería que la familia argentina se reconciliará: se llamaba a la paz y la armonía. La base fundamental de tan

hermoso ideal, consistía en la vuelta de la U.C.R. al comicio.

¡Cuan engañosas han resultado sin embargo tales perspectivas!

Los argentinos de todas las clases sociales y de todos los partidos políticos, tenemos que convencernos de que fuera de la legalidad y de la democracia, no será creado nada duradero ni nada positivo.

Por el camino de la dictadura y de la violencia, podemos llegar a situaciones en que predomine una casta, una camarilla o un hombre, siempre un grupo reducido, que se beneficiaría transitoriamente a costa de la nación; teniendo que imponer el terror en forma permanente para mantenerse.

Y en tal camino, los argentinos tenemos ya sobrada y dolorosa experiencia.

Y es en tales términos que está planteado el desgraciado momento político del país: El pueblo en las actuales condiciones, no tiene fuerza suficiente para reconquistar el poder por la violencia.

2o.: El gobierno nacional reitera formales seguridades de que se encuadrará dentro de los principios legales de la Constitución Nacional y de la ley Sáenz Peña, garantizando comicios libres.

3o.: Algunos sectores de la opinión pública aseguran que el partido mayoritario no volverá al poder, ni por la violencia, ni por los comicios.

4o.: La opinión pública independiente y los partidos políticos de sinceridad democrática, que en conjunto constituyen la mayoría de la de la opinión pública argentina, apoyan las formales promesas legalistas del gobierno nacional.

5o.: Las fuerzas armadas de la nación, por lo menos a mi entender en su mayoría, se mantienen en su ideología legalitaria.

La lucha por la legalidad, en defensa de la Constitución y las leyes, la lucha por la libertad cívica y los derechos del pueblo, es tan sagrada como la lucha por la patria misma. Es un gran honor sacrificarse en tan noble justa y no le faltará al pueblo argentino de hoy, como no le faltó nunca en las anteriores generaciones, la entereza y la hombría necesarias para sacrificarse por defender tan elevados ideales.

Hoy, sólo puede agregarse, que las líneas están más tendidas. Que la opinión pública tiene una conciencia más definida y concreta sobre cuál de los dos frentes defiende la razón, la paz interna y la legalidad. Que el "miedo a la violencia" no ha de encontrar un campo tan propicio para cundir, pues los tontos, ingeniosos y timoratos han disminuido en fuerte porcentaje.

Queda solamente un punto sobre el cual hay que insistir: Que la agrupación de las fuerzas populares en un sólo frente defensivo, no significa unificación de ideologías y programas.

Conviene que los respectivos dirigentes insistan en esta declaración, para quitarle así al adversario común el argumento más poderoso que hoy esgrime para atraer las fuerzas armadas, hacia su engañosa bandera.

Eso pensábamos entonces los verdaderos democráticos, en lucha contra el nazi-fascismo.

Desde entonces hasta ahora se ha realizado la más grande y cruel de las guerras mundiales. Ha triunfado la democracia y el futuro es de la legalidad y la justicia.

No podemos los argentinos claudicar en esta hora augusta de la humanidad, precisamente cuando todas las circunstancias están en favor de la verdadera soberanía popular. — Córdoba, agosto 1945.